

Jorge M. Reverte

INÚTILMENTE GUAPO

Mi batalla contra el ictus

la esfera  de los libros

Mi hermano Jorge

Jorge y yo somos hermanos, aunque yo me haya quitado la sigla M. (significa Martínez) para acortar el nombre en la cabecera de mis libros. Los dos nacimos en un piso del barrio madrileño de Chamberí, con cuatro años y dos meses de distancia. Pero aparte de los lazos de sangre, ambos tenemos, desde niños, una relación muy particular: nos gustan los mismos libros, las películas, cantar con nuestros otros hermanos, el fútbol, los toros y leer. Y compartimos principios que, yo creo, nos inculcó mi padre: sobre todo el tesón y el valor. Pero no nos gusta el tesón del que tira del carro sin saber lo que arrastra, sino aquel del que se esfuerza por llevar a cabo lo que ambiciona ser; y en cuanto al valor, no lo concebimos como una forma de enfrentarse a los otros, física o intelectualmente, sino como una manera de afrontar

las dificultades de la vida. Ahora nos parecemos también en que hemos visto muy próxima a la muerte, al ladito mismo.

En este libro desgarrado y bravo, escrito con la tenacidad de quien debe enfrentarse a una enorme minusvalía física temporal y con el humor de quien sabe que la risa forma parte de la naturaleza íntima de la valentía, Jorge escribe que yo me he muerto varias veces. No es exacto del todo. He estado a punto de morir en un par de ocasiones: en un accidente de tráfico, del que escapé por un pelo en el último segundo, y en el río Congo, amenazado por un grupo de soldados borrachos y drogados que me querían robar. La muerte solo la he vivido una vez. Y muy de cerca. Por causa de una malaria cerebral que contraí en la parte brasileña del río Amazonas, como Jorge cuenta en este libro. Y como se ha empeñado en que lo cuente yo aquí —y Jorge es un pesado cuando se propone lograr algo—, pues me pongo a ello.

Yo había ingresado en la UCI de un hospital de Belém do Pará, casi en la desembocadura del río, once días después de que se presentaran los primeros síntomas de paludismo, en su variedad de *Plasmodium Falciparum*, la mortífera malaria cerebral. Teóricamente tendría que haber muerto, pero la insistencia de un médico de guardia, que decidió hacerme una segunda he-

modiálisis después de fallar el primer intento, logró que mi riñón arrancara y que mi organismo comenzase a marchar de regreso a la vida, eliminando el exceso de urea de mi sangre.

A veces dormía y otras me sentía en duermevela, en una situación irreal, entubado y rodeado de enfermos recién operados a corazón abierto. Y una noche, al segundo día de estar en la UCI, caminé entre la vida y la muerte y fui consciente de ello.

Parecía un sueño, pero un sueño que yo sabía que era tal. En un barco de unos veinte metros de eslora y a motor iban mis familiares y otros seres queridos, por un río caudaloso y rodeado de selva tropical. Y detrás de su embarcación, iba yo solo en una canoa, remando, puesto en pie. De vez en cuando, ellos, los míos, se asomaban a la popa de su nave para sonreírme.

Un instante después, mi barca comenzó a rezagarse y, al poco, a mi izquierda se abrió un río más estrecho que surgía del que navegábamos. Remé en su dirección, en tanto que el otro barco se alejaba sin remedio y, desde la popa, todos me decían adiós con la mano. A los pocos segundos, me vi rodeado de una opresiva selva en el estrecho canal de agua.

Y en ese momento, un enorme resplandor apareció una veintena de metros delante de mí. Lo cegaba todo. No era el sol, sino una luz inmensa, invasiva, devorado-

ra, sin perfiles. Supe de inmediato que era la muerte. ¿Y qué sentí? Ni pena ni alegría. Era algo irremediable, fatídico ante lo que mis sentimientos carecían de fuerza y de razón. No me gustaba, pero tampoco me importaba.

Me hundí en un sueño profundo unos instantes y desperté de súbito, sudando, entre las luces trémulas de la UCI. Pensé que me gustaba la vida, aunque me di cuenta en ese momento de que le temía mucho menos a la muerte.

Así que a Jorge y a mí nos une algo nuevo: hemos muerto y hemos vuelto a la vida. Y vamos a terminar nuestras obras completas antes de darle el último portazo a la existencia.

JAVIER REVERTE

Escritor, viajero, periodista y hermano de Jorge

Jorge Reverte y el ictus

Asistimos a un relato biográfico singular de un paciente también único, víctima de una enfermedad prevalente y con frecuencia grave, el ictus (la apoplejía). Jorge Reverte, escritor incansable enfrentado desde hace muchos años al relato de aventuras reales o imaginarias se ocupa en esta ocasión de un tema nuevo que solo él conoce y sufre, un maldito ictus que ha quebrado sus movimientos, ha reducido su potencia motora, su visión binocular y su fluidez verbal. En efecto, una obstrucción arterial ha dejado sin sangre una delicadísima zona del cerebro (el bulbo raquídeo) donde residen los centros de zonas vitales, como la deglución o la articulación del lenguaje —funciones que se han visto afectadas—, pero que ha respetado lo más noble del ser humano, la inteligencia, la conciencia de la situación,

la capacidad de entender el entorno. Una enfermedad que siempre se manifiesta de forma aguda como un rayo o como un disparo. Así fue; en el tranquilo discorrir de un día como otros, mientras discutía sobre tomates en una animada plaza madrileña, el certero ictus ha detenido su vida, le ha arrojado a una UVI de un gran hospital y posteriormente a una silla de ruedas, de lo que, lentamente, se está recuperando, todo hay que decirlo.

Jorge, en un alarde honestidad intelectual, se mira al espejo y sabe que ese personaje que tiene delante es víctima de un ictus, que padece una experiencia que merece ser contada. En ese momento crítico, con una lucidez sorprendente empuña la pluma que ha dado sentido a su vida, y se dispone a publicar todo lo que le evoca esta situación nueva. Por ejemplo, mira a los ojos a la muerte y la invita a una tertulia desdramatizada. Y la vence cuando demuestra que quiere vivir y que puede escribir en esa antesala póstuma su mejor biografía.

En España cada año sufren un ictus entre ochenta mil y noventa mil personas (Iberictus). Esta enfermedad, muchas veces terrible, representa la segunda causa de mortalidad en nuestro país (la primera en mujeres) y es la principal responsable de discapacidad. Los supervivientes deben superar con frecuencia importantes limitaciones motoras o cognitivas (hemiplejia, afasia,

entre muchas posibles). Con la *docta ignorantia* (que no *crasa*) característica de la medicina es mucho lo que ya sabemos sobre ella, pero es mucho también lo que ignoramos. Y aquí es donde Jorge hace este regalo a sí mismo, al intensivista, al rehabilitador o al neurólogo que acostumbra a chascar los dedos junto a la cabeza del enfermo para comprobar la evolución de las excursiones oculares. Y es que la enfermedad afecta no solo las vías motoras, por muy necesarias que sean, también a una persona en toda su complejidad, con sentimientos, memoria, familia, amigos, valores, etc., y no es frecuente, no, que los enfermos nos expliquen el sangrado del costado humano de cada uno cuando sufre una enfermedad tan agresiva como esta.

A Jorge Reverte le interesa el caso que tiene entre manos y no quiere desperdiciar esta oportunidad: la crónica de un ictus severo en su propia biología. Como Teresa de Jesús y su gran capacidad de autoobservación y talento literario para hablar de sus arrobamientos epilépticos, nos informa de primera mano cómo se vivencia un ictus. Es minucioso al referirse a las limitaciones sufridas, cómo estas han quebrado su unidad física, su proyecto vital, su condición humana o inhumana. Desde los primeros síntomas sabe bien la gravedad de su nueva situación y va descubriendo a un lisiado que resiste, que no retiene secreciones pero que está vivo, que es

capaz de discernir en ese abismo frío de la UVI al profesional insolente o las manipulaciones automáticas de su cuerpo por parte de los celadores y las enfermeras. Con un solo ojo registra de forma crítica y en silencio las miradas de los neurólogos o de las enfermeras, o los rítmicos y reiterativos sonidos de los monitores. Es, sin duda, un mundo en parte siniestro pero no pierde la confianza en los profesionales, ellos le devolverán las funciones, aunque reclama su condición humana y dignidad dentro de la rutina del quehacer médico. Su sonrisa eterna ante el visitante y su afilado sentido del humor, soy testigo de ello, tratan de ocultar el pudor y el drama que internamente vive por su carnalidad enferma.

En las largas soledades de sus estancias repasa su historia como una última confesión y no disimula, ya sea con ternura o con aspereza, la sinceridad abrupta de sus juicios. E imagina el futuro que le espera a este hombre nuevo pero con una invalidez que está tardando en desaparecer. Predispuesto, ¡ay!, a asumir el enojoso y aburrido mensaje de la paciencia, paciencia, paciencia que todos le envían.

En definitiva, este libro nos enseña a todos que detrás de la más moderna tecnología o de un simple monitor, de una dificultad en la pronunciación o de unos ojos mal alineados existe un ser humano que padece aferrado a la esperanza, que añora el paraíso terrenal y

su deseo de un plato de verdinas con vino y con amigos, que quiere recuperar esa mano torpe para poder depositar su voto o usar cuanto antes el ordenador. Que aquí no ha pasado nada.

ESTEBAN GARCÍA-ALBEA
Escritor y neurólogo

Chema

Chema tiene treinta y cinco años y síndrome de Down. Es uno de mis compañeros en la sesión de rehabilitación de miembro superior en la Fundación Jiménez Díaz, que dirige Blanca Jiménez. Chema va un par de días por semana una hora a ser tratado por Blanca y su ayudante, Elena.

Para mí, Chema representa muchas cosas. En primer lugar, un recuerdo de cómo era este país hace no tantos años. Mi prima María Reyes, que también tenía el síndrome de Down, era ocultada por su familia, que la adoraba pero se avergonzaba de ella. En aquella época, hace como cincuenta años, a los chicos que padecían esa enfermedad se les llamaba mongólicos.

Los hermanos de Chema, Juan Luis y Sonia, le traen a Madrid desde Mérida todas las semanas para

que Blanca le trate. No vienen por la Seguridad Social, sino por lo privado. «Afortunadamente», la familia tiene recursos para permitírselo.

En la misma consulta coincido con el marido millonario de una política de la que no voy a decir el nombre, con dos mujeres inmigrantes que vienen por la Seguridad Social, otros dos trabajadores del régimen general, y yo, que soy un jubilado. Eso me hace pensar, sin necesidad de darle muchas vueltas a la cabeza, que tenemos en España un sistema sanitario realmente democrático. Blanca es de las mejores en lo suyo y a ella se llega pagando un pastón o pagando nada porque el sistema está así montado.

Con Chema voy construyendo una relación muy peculiar que nos divierte a ambos. Yo le digo todos los días que nos vamos a escapar juntos y se ríe con picardía aunque no le divierte especialmente la idea de buscar chicas y vino. Hay que llegar a un acuerdo que dé mayor protagonismo a una pelota. Por lo demás, Chema y yo tenemos en común el que ambos hemos sufrido un ictus. A él, como tiene el síndrome de Down, algún imbécil de médico le desahució y le dijo a su familia que dejaran que se muriera. Por suerte, el sistema es efectivamente democrático y la gente que se ocupó de él le sacó adelante. Chema anda ya casi solo, se viste solo, y bromea con su familia y los amigos que hace en la consulta. Como yo.

Hoy, que es un día cualquiera de febrero, he decidido que por fin voy a empezar el libro sobre el ictus con el que he amenazado a mi familia y a algunos amigos.

Francisco Pereña, que es un psicoanalista de pro, me dio un buen impulso hace unos días:

—Tienes el deber moral de escribirlo.

Agapito Ramos, que es un abogado canalla al que frecuento, puso también su grano de arena:

—Lo tuyo es la notoriedad, así que adelante.

En todo caso, es una decisión difícil porque, es cierto, tengo que hablar demasiado de mí mismo y, además, de una faceta tan íntima como mi muerte.

El dilema ya lo he roto, publicando en *El País* del domingo 18 de enero un largo reportaje titulado «Sobrevivir al ictus», que tuvo una notable repercusión.

A lo largo de este tiempo de enfermedad he leído algunos textos sobre el ictus o directamente sobre la muerte que me han sido muy útiles para seguir viviendo y para relacionarme con los demás y conmigo en esta circunstancia.

El primer libro que leí es el de Luis Puicercús, *Ictus, la experiencia que cambió mi vida*. Luis está en alguno de los círculos que frecuenta mi hijo en torno a la experiencia carcelaria del franquismo. Se enteró de lo mío y me envió un ejemplar con una cariñosa dedicatoria. El

texto es muy útil, y lo digo por experiencia, para sobrellevar esta más que incómoda enfermedad.

He seguido buscando. Y desde luego hay que recomendar el de una neuróloga americana, Jill B. Taylor, *Un ataque de lucidez*, que no solo tiene un espléndido título, sino que da pistas muy claras para quien tenga la desgracia de sufrir este tipo de ataque. Desde luego, es notable ya el que una neuróloga sufra esto, porque hará que los demás pacientes seamos mejor comprendidos por quienes nos tienen que curar, o aliviar al menos.

Y hay que leer el libro escrito por Fernando Aramburu que se llama *Somos Patxi*, encargado y supongo que financiado por la Universidad de Navarra. Aramburu es uno de los pocos escritores vascos que han hablado con claridad sobre ETA y su mundo. A mí me gusta cómo escribe.

Ya hablaré sobre la muerte, que es un asunto con su propia enjundia.

Pero como estoy con Chema voy a dejar de hablar de la muerte y me voy a pensar incentivos para que le resulte apetecible la idea de que nos escapemos.

Un 9 de septiembre

Todo empieza el 9 de septiembre de 2014, en mi casa de la plaza de San Ildefonso, un edificio situado en medio del barrio de Malasaña, uno de los más castizos de Madrid. Sobre la una y media de la tarde bajé a llevarle a Julián, el dueño del restaurante El Cocinillas, de la calle San Joaquín, un kilo y medio de tomates de Bustarviejo.

Julián, Carmelo, que tiene una huerta en el pueblo, y yo habíamos tenido una apasionante conversación sobre tomates unos días antes. Y habíamos concluido que, si maduran en la mata en lugar de en la cámara del mayorista, los tomates están casi obligados a ser buenos. Muy original todo. Y yo quedé en llevarle unos kilos a Julián para que los probara en su restaurante. De paso, no lo oculto, tenía la miserable intención

de echarme al coleteo alguna copa de vino por la cara. Bueno, mejor dicho, por los tomates.

Andando por la Corredera Alta en dirección a la calle San Joaquín, mis pies comenzaron a desobedecerme. Los dos giraban hacia la derecha cuando yo quería ir a la izquierda. Enseguida, un leve mareo que precedió a uno más severo, me obligó a tomar asiento sobre unas vigas apoyadas en el suelo de la plaza y ocupadas en gran parte por un selecto grupo de indigentes y yonquis que tomaban sus latas de cerveza de medio litro al benigno sol de septiembre.

Con el reposo en las vigas, mi situación no mejoró nada. Comencé a ver doble y pedí ayuda a algún viandante para sentarme en la terraza de uno de los bares que ocupan la plaza. Nadie me hacía caso hasta que uno de los indigentes quiso hablar en mi favor y se dirigió a un paisano que apuraba un cigarrillo:

—¡Ayúdele, hombre, que no es de los nuestros!

El aludido se acercó a mí y accedió a llevarme hasta una de las mesas, atendida por un camarero que ya me conocía de más veces. Me senté y el camarero, efectivamente, me trajo una Coca-Cola para apaciguar mi sed.

Saqué el teléfono móvil y dudé en a quién llamar. Si a mi mujer o mi hijo. Ella estaba trabajando y a una media hora de camino. Mario estaba haciendo unos pa-

peleos en la universidad. Opté por el hijo por si acaso los desagradables síntomas desaparecían, y así causaba menos perjuicio a mi entorno.

Pero todo iba a peor, el mareo se agudizaba, y lo que era intolerable: no sabía qué hacer con los tomates. Así que llamé a Julián y le dije que se acercara a recogerlos, lo hizo con presteza alarmado por mi situación de la que le hice un resumen.

Le di a Julián los tomates, rechacé su amable ofrecimiento de buscarme un taxi y llamé a Mario convencido ya de lo peor.

—Mario, ven a buscarme. Creo que tengo un ictus.

No hay que darle más explicaciones. En teoría, está a unos cuarenta minutos de casa pero tarda poco más de veinte. Cuando llega pago al camarero los dos cincuenta de la Coca-Cola, que nunca diré a su jefe que se atrevió a cobrarme, y voy a casa apoyado en el cuerpo de mi hijo. Allí, con el directorio de la Asociación de la Prensa en la mano, llamamos a una ambulancia para que nos lleve a donde corresponda. Inmediatamente llamé también a mi mujer para decirle lo que sucedía. Ella dejó su trabajo y salió corriendo a nuestro encuentro. Llegó a casa pocos minutos después que los médicos del Samur, cuando empezaban a hacerme las pruebas oportunas antes de trasladarme al hospital.